

Aprender la canción

Narrado por Eesha Sardesai

Era de noche y el joven caminaba entre la hierba alta. En una dirección, estaba el campamento de su familia. En la otra dirección, a lo lejos, había una pequeña laguna. La vislumbraba de pronto al ir caminando hacia allá, un reflejo azul verdoso fluorescente en la oscuridad.

De vez en cuando, el niño se detenía, cerraba los ojos y escuchaba atentamente el viento que silbaba entre la hierba. “*Shush-shush-shush*”, decía el viento. Y el niño se preguntaba: “¿Es esa? ¿La canción?”.

Mantenía los ojos bien cerrados por unos momentos, deseando que el viento susurrara algo que pudiera entender: palabras, una melodía conocida. *Shush-shush-shush*. Por desgracia, ese era el único sonido que el niño podía oír.

El niño y su gente vivían en los vastos matorrales silvestres, que muchos siglos después se convertirían en Australia. El suyo era un mundo de origen profundamente divino, por haberle dado existencia el Espíritu Creador cantando. Y ahora los sabios, los que tienen conocimiento, cantaban esa canción y la seguían adonde condujera.

"Oh Gran Madre –susurró el niño al viento–, muéstrame tus pasos. Tócame las notas de tu canción. Quiero saber”.

El niño siguió andando. Se acercaba ya a la laguna, su brillo ahora visible, pese a toda la hierba y los eucaliptos que la rodeaban. Bajo sus pies, la tierra latía, como si una corriente la atravesara. Esos pulsos parecían ir más rápido, y la brisa también se estaba acelerando. Las hierbas se mecían a ritmo, enroscándose y girando con arte.

El niño llegó al borde de la laguna. Se arrodilló, inclinando la nariz hacia la superficie vidriosa, como una gema, y contempló sus profundidades. Fue

entonces cuando la escuchó: suave al inicio y, pronto, fuerte y sonora. Una nota, dos notas, un ritmo, una melodía.

El chico alzó la vista maravillado: la brisa había levantado pequeños pétalos de tallos de flores cercanas. Y ahora esos pétalos giraban a su alrededor, llevando con su danza las notas de la canción e impulsándola hacia adelante. En esta música podía escuchar a sus antepasados. En esta música podía escuchar los murmullos de la tierra y la vibración del cielo. En esta música podía escuchar la voz de quien había creado esta magnífica realidad.

La canción lo estrechó desde todos los flancos cuando se inclinó una vez más sobre el agua. Lágrimas rodaron por su nariz. Los sonidos eran tan hermosos... a la vez etéreos y profundamente familiares. Si pudiera dar un nombre al sentimiento que le despertaron en su interior, sería, simplemente, *hogar*.

Mientras se maravillaba de este nuevo sentimiento, escuchó otro ruido. *Cronch, cronch*. Sonaba como los pasos de alguien y el susurro de plantas y ramitas bajo sus pies. Por el rabillo del ojo, vio la punta curva de una barba plateada.

Se volvió para encontrarse con uno de los ancianos de su comunidad, de pie a su lado. El rostro del hombre era oscuro, una mezcla de ámbar y ónix, y estaba desgastado, como el cuero suave. Una melena del mismo cabello plateado enmarcaba su cara. Sus ojos eran amables.

—¿Lo has escuchado, hijo mío? —le preguntó al niño—. ¿El trazo de la canción?

—¡Sí! —dijo el niño, con la voz susurrante y llena de alegría—. ¿Tú también puedes oírlo, Anciano? —preguntó, usando el término de respeto por los mayores.

—Ciertamente —dijo el anciano—. Y puedo cantarlo. Ven.

El anciano bordeó la laguna y desapareció entre los pastos más allá. El niño lo miró con los ojos muy abiertos antes de incorporarse casi trepando para seguirlo.

El anciano cantaba suavemente, un canto grave y rítmico. Cuando llegaba a ciertas líneas de la canción, hacía un giro brusco: hacia la izquierda, hacia la derecha... lo que la música le dijera. Prosiguió de este modo por un tiempo, y el niño trotaba para mantener el paso, hasta que finalmente se acercaron a un pequeño refugio hecho de cortezas. Una hoguera crepitaba ante él.

—Ven —dijo el anciano otra vez—, has de tener hambre. Mi esposa está cocinando algo.

Al sentarse alrededor del fuego, una mujer salió de la cabaña y removió las brasas; ella también tenía piel oscura y cabello plateado.

—¿Así que escuchaste el trazo de la canción? —le preguntó al niño. De entre las brasas sacó un pan de semillas redondo y grueso y lo colocó frente a él.

—Sí, Tía, lo escuché —dijo el niño con entusiasmo. Las palabras le salieron corriendo al recordar lo que había sucedido—. ¡Fue *increíble*! —dijo—. Le estaba rezando *muy* fuerte a la Gran Madre. Le dije: “*Oh Madre, tócame tu canción*”. Y luego encontré una pequeña laguna que *brillaba*. Y luego, y luego... Los ojos del niño se empañaron cuando recordó lo que aconteció después. —Escuché la música más bella, y la hierba y las flores y todo bailaban...

Ya quiero escucharla de nuevo —dijo finalmente.

—Sí. Y lo harás —dijo la anciana, riendo en voz baja—. Por ahora comienza tu práctica.

El niño, que acababa de darle una gran mordida al pan, se detuvo al escuchar sus palabras. Sus mejillas se hincharon:

—¿*Práctica*? —dijo, tragando rápidamente.

—Por supuesto —dijo—. Si quieres volver a tener esa experiencia, y si quieres usarla para guiar a otros, de la manera en que el Anciano te guio esta tarde, tienes que aprenderte la canción.

—Y la debes practicar —dijo el viejo.

—Pero, ¿por qué? —preguntó el niño—. Ya escuché la canción. No la voy a olvidar.

—Bueno, nadie *planea* olvidarla —dijo el anciano amablemente.

—Así es —dijo el niño—, y no lo haré. La Gran Madre y yo estamos conectados, ¿ves?

—Sí, *están* conectados, pero eso no significa que no debas practicar.

El niño arrugó la nariz. No le gustó mucho esta idea. ¿Y las flores que bailaban? ¿Y la hierba que se mecía? Quería saltar a esa parte.

—Quizá otras personas necesiten practicar, Anciano —declaró—, pero yo no. Ya verás.

El anciano miró profundamente a los ojos del niño. Por un momento no dijo nada.

Luego suspiró, se golpeó los muslos y se puso en pie.

—Muy bien, hijo mío. Nada de práctica para ti. Pero, por ahora, como se hace tarde, te quedarás aquí esta noche. Mañana puedes seguir la canción de regreso a tu casa.

Al menos con eso estuvo de acuerdo el niño.

El amanecer del día siguiente fue glorioso, luz de oro y naranja se fundía sobre las llanuras. Cuando los rayos de esta luz entraron al refugio, el niño despertó.

Estiró mucho los brazos y bostezó mientras se incorporaba.

“*Hmmm* —pensó—, no estaría mal desayunar algo antes de volver a casa”.

Salió despacio. La hoguera crepitaba de nuevo y los ancianos estaban sentados frente a ella. Al verlo, sonrieron y le hicieron señas para que tomara asiento.

Y así lo hizo, frotándose las manos mientras tomaba su lugar al lado de ellos. Todo estaba tranquilo, el único sonido era el chasquido ocasional del fuego. El sol se elevaba más en el cielo.

Miró a su alrededor buscando algún indicio de desayuno: más pan, tal vez, o algunas verduras asadas. Pero no parecía haber nada cocinándose. Miró a los ancianos. *¿Ya habrían comido?*

Sus expresiones eran impasibles.

Así que el niño se volvió hacia el fuego y los tres permanecieron sentados en silencio. El estómago del niño comenzó hacer ruidos. De vez en cuando volvía a mirar a los ancianos, esperando que le ofrecieran *algo* de comer, algunos granos, una mora o dos. Mas lo único que hacían era devolverle la sonrisa plácidamente.

Esto continuó durante un tiempo, hasta que no pudo soportarlo más.

—Tía, Anciano —espetó—, por favor, ¿comeremos algo esta mañana?

Los ancianos se volvieron hacia él. Con el sol de la mañana podía ver las líneas en sus rostros con más claridad, cómo se entretejían y se entrecruzaban.

—¿Qué quieres decir, hijo mío? —preguntó el anciano.

—Quiero decir, ¿desayunaremos esta mañana?

El anciano parecía sorprendido.

—Pero, ¿por qué tendríamos que hacer eso?

—Bueno, tenemos, *tenemos* que desayunar —dijo el niño, confundido por la pregunta del anciano.

—Pero comimos anoche —dijo el viejo.

¡El niño no podía creer lo que estaba escuchando!

—¡Solo porque cenamos anoche no significa que no desayunemos esta mañana!
—dijo.

—*Hmmm* —repuso el anciano—. Mira, dado que comimos anoche, pensé que no querías volver a comer. Porque seguramente esa sola comida fue suficiente.

El chico rio. —¡Por supuesto que tendría que volver a comer! ¿De qué otra manera tendría la fuerza para hacer el viaje a casa?

El niño estaba a punto de continuar, de explicar que uno realmente necesita comer *tres* veces al día, cuando captó la mirada en los ojos del anciano. Y las líneas de su rostro: ¿lo estaba imaginando el niño o se habían vuelto más pronunciadas? Era como si la sabiduría de las canciones se hubiera hecho visible, un mapa de verdades grabadas en la piel del hombre.

—Ah —dijo el niño en voz baja.

—¿Sí? —dijo el anciano.

—Sí —replicó el niño—. Perdóname por no haber entendido antes. Ahora estoy listo para practicar.

